

París, 30 junio de 2006

CARTA-CIRCULAR A MIS QUERIDOS CONSOCIOS LOS MIEMBROS DE LAS CONFERENCIAS DE SAN VICENTE DE PAUL EN EL MUNDO

Queridos amigos y consocios:

En principio: alguna reflexión

Para la Sociedad, como para la propia Santa Iglesia, la consideración y la importancia del sufrimiento, cualquiera que este sea, viene avalado por la condición única e irrepetible de cada uno de los seres humanos ~~que lo padecen, hechos, todos ellos, a imagen y semejanza del propio Dios Creador.~~ La entrega a la pobreza, a su combate, ha estado siempre presidida en las Conferencias, por la visión en singular de la misma. Esto es: por el sufrimiento individual que, para cada uno de los hombres, producen los estados carenciales de lo necesario. Esa ha sido siempre, la principal preocupación de las Conferencias: ayudar personalmente en la medida de nuestras posibilidades a cada uno de los hombres que sufren. No podía ser de otra manera en las Conferencias, al nacer profundamente cristianas.

Nacidas en el primer tercio del siglo XIX, las Conferencias surgen como una respuesta a los problemas de la pobreza material más acuciantes y próximos. Se atiende, personalmente, a personas en las que se detecta con relativa facilidad, las carencias más evidentes que soportan. Así, las Conferencias se extienden por el mundo con esas mismas características: la atención a la pobreza material y la mayoría de las veces urgente.

Aquel mundo que contempla el nacimiento de la Sociedad de San Vicente, guarda poca relación con el que actualmente vivimos. Si estableciéramos una especie de "baremo diferencial" de la pobreza entre ambos siglos, veríamos que la diferencia entre dos personas ~~que carecían de lo necesario en el XIX, en dos extremos opuestos del mundo, era prácticamente nula.~~ La pobreza se sentía igual en el norte o en el sur del planeta. Únicamente, en ocasiones, las condiciones ambientales hacían más fácil la supervivencia en un extremo u otro del mundo. Pero, en definitiva, eran ambas extraordinariamente próximas en sus manifestaciones y en el dolor que proporcionaban.

En los comienzos del siglo XXI, todo lo enunciado en el párrafo anterior, ha cambiado drásticamente. Efectivamente, el cambio económico manifestado en y con el desarrollo del llamado primer mundo, al compararlo con el resto, ha aumentado enormemente las diferencias entre los pobres de uno u otro lugar del Planeta.

Respecto a todo ello, me pregunto a veces, si los videntes seremos conscientes de estas profundas mutaciones a la hora de considerar nuestro apostolado personal por y con los que sufren. Me pregunto si nuestra

entrega personal a ellos, base de nuestra actividad, está o no condicionada, influida, por todos estos hechos. Sin duda alguna, todos los cambios mencionados, deben ser tenidos muy en cuenta a la hora de preparar nuestras actividades. A la hora de ejercer nuestra vocación de servicio (1).

Por ello me permitirán ustedes, que repase en la intimidad de este contacto con cada uno de mis consocios en el mundo tres aspectos que, aun ya tratados algunos en anteriores Cartas-circulares, será bueno recordarlos e intentar abrir nuevos interrogantes para nuestras queridas Conferencias, que nos impulsen a seguir desarrollando nuestro servicio a aquellos que sufren.

Atención a la pobreza material. Las nuevas exigencias

Empecemos por insistir en señalar que hoy, no es en absoluto lo mismo ser pobre (entendida la pobreza en su sentido material), en el norte del planeta que en el sur. En la actualidad, sí hay una extraordinaria diferencia entre los pobres de un lugar u otro. Los avances de los sistemas de seguridad social del llamado "estado del bienestar", aun en estos momentos en los que parecen estar en desgraciada regresión, han hecho que no podamos, ni debamos, atender de la misma manera a los pobres según en que lugar del mundo se encuentran. Nuestra atención como miembros de las Conferencias en muchos lugares, fundamentalmente en el llamado "primer mundo", deberá cambiar sin duda y adaptarse a las nuevas formas que reviste la pobreza.

Ello no significará el abandono de la pobreza material allá donde quede un solo resto de ella. Sin duda, aunque deberemos seguir prestando una muy especial atención a las llamadas necesidades primarias, según avanza la civilización y llegan zonas enteras del mundo a un cierto "estado del bienestar", podemos sentir la tentación de interpretar que sólo la atención a lo material es nuestro campo y que se acaba la labor caritativa de las Conferencias con la llegada de esa, por otra parte, ligera mejora de la situación de los pobres. Pero es evidente que los modestos recursos con los que cuentan las Conferencias, puede que no sea fácil su utilización en determinadas zonas del mundo y a través del contac-

(1) "Fiel al espíritu de sus fundadores, la Sociedad se esfuerza constantemente en renovarse y adaptarse a las condiciones cambiantes de los tiempos. Se preocupa de ser consciente de los cambios que tienen lugar en la sociedad humana y de los nuevos tipos de pobreza que puedan identificarse o verse" (Regla de la SSVP, 1.6).

to personal al que estamos acostumbrados. Quizá es este uno de los retos de nuestro siglo para las Conferencias. Efectivamente, algunas Conferencias en los países desarrollados deberán ampliar su campo de ayuda de los recursos que tengan ociosos, a otros lugares del mundo donde otros vicentinos, tienen reales carencias que no pueden atender por falta de medios. Esto es: los vicentinos del tan repetido "primer mundo", deberán acostumbrarse a compartir con otros consocios del mundo pobre, unos recursos que en la proximidad de los primeros, ya casi no son necesarios. Sentir esta necesidad de compartir con los lejanos es un reto que hemos de incorporar al día a día de nuestras Conferencias.

Pero aún hay más. Si seguimos utilizando los modos y los usos que nos son tan queridos desde nuestra fundación: fundamentalmente el encuentro personal con el que sufre, hoy esta manera de actuar que sigue siendo muy buena y absolutamente imprescindible de mantener y estimular, no es, sin embargo, suficiente de acuerdo a la envergadura con la que el Buen Dios ha bendecido a nuestra Organización. Efectivamente, hasta el momento, la Sociedad de San Vicente, viene haciendo un pobre uso de su extraordinaria extensión en el mundo y de la enorme fuerza que le presta para hacer el bien, sus cerca de setecientos cincuenta mil miembros. Es necesario asumir retos colectivos que se sientan en cada una de nuestras células base, como asumidos y propios de ellas. La bendición a la que antes me refería de nuestra extensión, debe concretarse en un mejor servicio a los pobres o estaremos haciendo un mal uso de ella. Un mal uso de un bien que el Señor nos ha concedido no para nuestro orgullo, sino para que sirvamos mejor a aquellos que sufren.

En definitiva, no podemos olvidar el enorme cambio que hemos vivido a lo largo de las últimas décadas y que nos ha abierto el camino a un mundo globalizado donde las necesidades y los necesitados no deben ser contemplados únicamente desde el prisma de la proximidad. Por el contrario, ese mundo abierto y en perpetua y acelerada transformación, nos exige la "globalización" también de nuestra mirada (2). Una transformación, que no implique la pérdida del contacto personal con el que sufre, es verdad, pero que asumamos que, en ocasiones, tendremos que delegar ese contacto, en los vicentinos que aquel tenga próximos.

A esas nuevas pobrezas, a intentar enunciar algunas de ellas, dedicaré la segunda parte de esta Carta.

El reto de las nuevas pobrezas

La atención de las Conferencias a todo aquel que sufre, la afirmación casi sonora de nuestra Regla de que "ninguna obra de caridad es ajena a la Sociedad",

(2) "La parábola del buen Samaritano (Lc. 10, 25-37) nos lleva sobre todo a dos aclaraciones importantes. Mientras el concepto de "prójimo" hasta entonces se refería a los conciudadanos y a los extranjeros que se establecían en la tierra de Israel, y por tanto a la comunidad compacta de un país o de un pueblo, ahora este límite desaparece. Mi prójimo es cualquiera que tenga necesidad de mí y que yo pueda ayudar. Se universaliza el concepto de prójimo, pero permaneciendo concreto" (*Benedicto XVI, "Deus Caritas Est" 15*).

debe llevarnos a examinar con verdadero interés que es lo que está ocurriendo a nuestro alrededor y a que nuevas miserias de los hombres, a que nuevos sufrimientos, debemos atender (3). Hacerlo con especial interés cuando, el trabajo de atención a las pobrezas materiales (fundamentalmente en el primer mundo como he señalado), baja en muchos lugares en la intensidad de nuestra dedicación. Para ello, hay que estar extraordinariamente pendientes de lo que sucede a nuestro alrededor (4).

Y tener claro, por ejemplo, que no hay nada que empobrezca más al hombre que la ausencia, querida o no, del concepto de Dios en nuestras vidas (5). Moralmente, el hombre necesita de referencias más allá de él mismo y de lo que puede descubrir con su propia capacidad (6), que no hallará salvo que se encuentre con la imagen infinitamente misericordiosa de Dios. Siendo esto así, ¿cuántos a nuestro alrededor hoy incluso presumen de falta de fe en algo superior al propio hombre? Es un terreno propio para las Conferencias, porque es una pobreza profunda que hace sufrir y que nosotros con nuestra compañía, con nuestro ejemplo de vida, con nuestra palabra (7), con nuestro gozo de intentar vivir con evidentes limitaciones humanas en la presencia de Dios, podemos ayudar a superar (8). Nuestros fundadores, los fundadores de las Conferencias de San Vicente de Paúl, son el mejor ejemplo a seguir. Ellos supieron usar la apologética como arma en defensa de la fe (9). La fe que hoy en toda la civilización occidental se olvida, se intenta vivir de espaldas a ella, si los consocios somos consecuentes y conscientes de nuestro carisma, hemos de dar preferencia a combatir esta indigencia doctrinal, esta ausencia de Dios, que tanto empobrece a la naturaleza humana.

Porque si la comida, el vestido, el acceso a la educación está asegurado afortunadamente en amplias zonas del mundo, ¿cuántas familias destrozadas conocemos en esos mismos lugares? El ataque al concepto mismo de familia que vemos tan frecuente en muchas

(3) "La acción caritativa puede y debe abarcar hoy a todos los hombres y a todas sus necesidades." (*Benedicto XVI, "Deus Caritas Est" 30*).

(4) "Las formas de apostolado han de acomodarse debidamente a las necesidades actuales, teniendo en cuenta las condiciones de los hombres, no solo espirituales y morales, sino también sociales, demográficas y económicas" (*Concilio Vaticano II Decreto "Christus Dominus" 17*).

(5) "Con frecuencia, la raíz más profunda del sufrimiento es precisamente la ausencia de Dios" (*Benedicto XVI, "Deus Caritas Est" 31c*).

(6) "...la razón ha de purificarse constantemente, porque su ceguera ética, que deriva de la preponderancia del interés y del poder que la deslumbran, es un peligro que nunca se puede descartar totalmente" (*Benedicto XVI "Deus Caritas Est" 28*).

(7) "Porque el discípulo tiene la obligación grave para con Cristo Maestro de conocer cada día más la verdad que de El ha recibido, de anunciarla fielmente y de defenderla con valentía, excluidos los medios contrarios al espíritu evangélico" (*Concilio Vaticano II Declaración "Dignitatis Humanae" 14*).

(8) "Los vicentinos tienen interés sincero por las necesidades más profundas y por el bienestar espiritual de las personas a las que ayudan, observando siempre un respeto profundo hacia su conciencia y hacia la fe que profesan" (*Regla S.S.V.P. 1.11*).

(9) "La fe es un don recibido para transmitirlo a los demás y no ha sido debidamente acogida si se piensa que es sólo para uno mismo. El cristianismo interiormente bien vivido está marcado por una dinámica que nos lleva a compartirlo. ...Es como cuando se recibe una gran alegría: existe la necesidad de compartirla enseguida, de compartirla con alguien, porque si no, no es una alegría completa" (*"La Sal de la Tierra" Cardenal Ratzinger, Ediciones Palabra pág. 191*).

de las sociedades en las que vivimos, hacen que sea otro campo de trabajo de los vicentinos: el de contar y resaltar la necesidad de los individuos de educarse y desarrollarse entornos favorables y que faciliten el completo desarrollo al que todo ser humano tiene derecho.

El concepto mismo de familia monoparental, definición que en origen señalaba la ausencia no querida de uno de los progenitores, hoy incluso hay quien la reivindica como una solución deseada. Es un claro ejemplo de cobardía ante la vida, de falta de esperanza en la capacidad del ser humano para relacionarse y evidente deseo de no admitir el compartir con otro la enorme responsabilidad de la educación de los hijos y la propia vida conyugal en el matrimonio (10). Unos hijos, entendidos y concebidos en tantas ocasiones, más como derechos de los que quieren ser padres, que como sujetos ellos mismos –los niños–, de los derechos a crecer, educarse y desarrollarse en un ambiente que los haga libres. Unos niños a los que hay que proteger.

Aumenta la soledad. La soledad radical que parte del individualismo egoísta y perverso en el que muchos viven. Precisamente en el mundo más opulento La familia, como grupo de apoyo, está en crisis en buena parte del mundo. Se ha ido pasando de la familia tradicional en la que se implicaban tíos, primos, abuelos y en cuyo seno se resolvían muchos problemas de sus componentes y sobretodo se sentían amparados cuando llegaba la desgracia, a la familia nuclear compuesta por padres e hijos exclusivamente y dando paso a la mal llamada familia monoparental a la que ya antes me he referido. El ser humano se va quedando sin apoyos en una sociedad sin Dios, sin familia, sin autoridad. Los mayores, los padres, han perdido su “autoritas” en una sociedad que solo valora el dinero y la capacidad para gastarlo. Que decir de los más ancianos, en tantas ocasiones abandonados y faltos de la debida atención.

Hemos de decirlo en voz alta. Con la enorme fuerza del contacto personal, de la capacidad de los voluntarios, de los laicos, que nos señala el Concilio (11) al definir nuestra misión de ayudar a regenerar el mundo. Acostumbrarnos a llevar la esperanza en la capacidad del bien y de los hombres, para mejorar el mundo que el mismo Dios nos ha encomendado. Las Conferencias no pueden ser ni estar ajenas a estas pobrezas que se extienden entre nosotros. No podemos caer en la tentación a la que me refería más arriba, de creer que “ya no hay pobres”. Existen y con un grado de sufrimiento y de perpetuación, mucho más evidente y peligroso incluso, que el de la pura pobreza material.

(10) “...en una perspectiva fundada en la creación, el eros orienta al hombre hacia el matrimonio, un vínculo marcado por su carácter único y definitivo; así y sólo así, se realiza su destino íntimo. A la imagen del Dios monoteísta corresponde al matrimonio monógamo” (*Benedicto XVI “Deus Caritas Est” 11*).

(11) “Tal evangelización, es decir, el anuncio de Cristo pregonado por el testimonio de la vida y por la palabra, adquiere una característica específica y una eficacia singular por el hecho de que se lleva a cabo en las condiciones comunes del mundo” (*Concilio Vaticano II Constitución “Lumen gentium” 35*).

Estamos asistiendo, queridos consocios, a un vaciamiento de cualquier norma de contenido moral y ético. De vaciamiento de la pura moral natural y ya no sólo cristiana. Un vaciamiento, del que le será muy difícil salir al que caiga en él. Así como la comida, el vestido, todas las necesidades primarias son fáciles de detectar por cualquier individuo al sentir, el frío, el hambre, etc., las carencias morales son muy difíciles de asumir que se carecen de ellas si no se conocen. Si el mundo que se encuentra a nuestro alrededor, no las valora en su justa medida y las enseña a cada uno de los individuos que van incorporándose, será muy difícil que un día lleguen a sentir su falta. Esos valores, se aprenden básicamente en la familia y en la familia fundamental y deseablemente compuesta por una pareja de hombre y mujer que, debidamente formados a su vez, sientan la necesidad de trasladar esos conocimientos, esos sentimientos, esos valores, a sus hijos (12).

Los jóvenes, tan a menudo hoy carentes de la necesaria voz y ejemplo próximo que les enseñe a vivir acompañados de una serie de valores que les permitan crecer y llegar a ser realmente “hombres libres”, de alcanzar la condición real de la libertad, tan faltos con frecuencia de esperanza, son un buen ejemplo de servicio por parte de las Conferencias (13).

Los vicentinos, queridos consocios, tenemos la obligación grave de sentir en cada una de nuestras Conferencias estas necesidades y de dar, con la modestia de nuestros recursos, la respuesta de nuestra esperanza y el vigor de nuestra fe. Hemos de compartir con ellos, no la visión de un mundo decadente al que todos nos hemos de aclimatar por no luchar contra la falta de valores de la “incultura” dominante. Por el contrario, hemos de asegurar que otro mundo es posible y hemos de hacerlo con la alegría y la confianza en el futuro que siempre ha distinguido a los seguidores de aquel Nazareno que se entregó por todos nosotros.

Hemos de dedicar sesiones completas en cada una de nuestras Conferencias a examinar el mundo en el que desarrollamos nuestra actividad y después de asumir cuales son sus “dolencias”, prepararnos para colaborar con el Buen Dios, para realizar el “rol” que Él nos tiene señalado, en el mejoramiento del mundo desde la Creación.

Estamos –los vicentinos– especialmente llamados y comprometidos a la actuación más que otros (14).

(12) “La familia es la primera escuela de las virtudes sociales, que todas las sociedades necesitan” (*Concilio Vaticano II Declaración “Gravissimum educationis” 3*).

(13) Remito a Carta-circular de la Presidencia General SSVF (*París 30.06.2002*).

(14) “En nuestra época, esta llamada se hace especialmente urgente. Pero si es urgente para todo el Pueblo de Dios, lo es particularmente para los que hemos adquirido un compromiso claro al servicio de los pobres. Hemos de predicar con el ejemplo de nuestros actos. Es verdad. Pero también hemos de acostumbrarnos a predicar a los hombres, de viva voz, que Dios les ama. La Santa Iglesia, necesita hoy especialmente agentes de propagación de la Buena Nueva” (*Presidencia General de la SSVF, Carta-circular, París 30.06.2001*).

Efectivamente, si para cualquier cristiano existe la llamada a cumplir con las promesas bautismales, para nosotros, para los consocios de las Conferencias, se une además la obligación del compromiso vicenciano, de aquella "cierta vocación" de la que hablaba mi antecesor el Presidente Pierre Chouard y que recoge hoy nuestra Regla (15). Una vocación de servicio a los pobres en los que intentamos ver al Cristo sufriente que los eligió como real imagen suya.

No estamos solos

Nada podemos confiar a nuestras solas fuerzas (16). Nada podremos hacer realmente útil, si pretendemos contar sólo con nuestros conocimientos e incluso merecimientos. Es la entrega de Cristo, su abandono "voluntariamente aceptado" (17) por y para el hombre, en donde encontraremos las fuerzas para poder seguir sirviendo a nuestros amigos en necesidad (18).

En este camino difícil de ir contra corriente, de aceptar que no lo podemos todo, que por el contrario: tantas cosas se quedan fuera del alcance de nuestras fuerzas, sólo en la oración (19) encontraremos la capacidad tanto para asumir nuestras limitaciones sin desánimos, como para superar las barreras que nos impone nuestra humanidad caída (20).

Si siempre ha sido fundamental entre nosotros, en las Conferencias, la oración individual y la comunitaria (21) del grupo de amigos que conformamos cada una de ellas, hoy se hace imprescindible aumentar nuestra insistencia en la oración. Una oración, que ha de llevarnos a un mejor conocimiento de nuestro Dios, del Buen Dios que nos acoge. Una oración, que ha de impelernos a profundizar en nuestra formación y a aceptar que estamos en un continuo proceso de aprendizaje al margen de nuestra edad y de nuestra experiencia de vida (22).

Una oración, que nos haga sentir la presencia cercana y siempre sugerente, del Espíritu que ha de indi-

(15) "La vocación de los miembros de la Sociedad, llamados consocios vicentinos, es seguir a Cristo, a través del servicio a los que lo necesitan y de esta forma ser testigos de Su amor compasivo y liberador" (Regla SSVP, 1.2).

(16) "El que permanece en mí y yo en él, pero sin mí nada podéis hacer" (Evangélio de San Juan 15,5).

(17) Ordinario de la Santa Misa; Plegaria Eucarística II, Consagración del pan.

(18) "Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento. Pero ambos viven del amor que viene de Dios que nos ha amado primero" (Benedicto XVI, "Deus Caritas Est" 18).

(19) "Orad sin interrupción" (1 Tesalonicenses 5,17).

(20) "Recuerden todos que con el culto público y con la oración, con la penitencia y la libre aceptación de los trabajos y desgracias de la vida con la que se asemejan a Cristo paciente, pueden llegarse a todos los hombres y ayudar a la salvación del mundo entero" (Concilio Vaticano II, Decreto "Apostolicam actuositatem" 16).

(21) "En efecto, el cristiano llamado a orar en común, debe, no obstante, entrar también en su cuarto para orar al Padre en secreto; más aún, debe orar sin tregua según enseña el apóstol". (Concilio Vaticano II Constitución "Sacrosanctum Concilium" 12).

(22) "Es esencial que la Sociedad fomente continuamente la formación de sus miembros y responsables para profundizar en su conocimiento de la Sociedad, su espiritualidad, mejorar la sensibilidad, calidad y eficacia de su servicio hacia los pobres..." (Regla SSVP, 3.12).

carnos (23), que ha de guiarnos, por las nuevas sendas que este mundo reclama para servirle mejor. Para servir mejor al mundo y adecuarlo al plan de Dios.

No estamos solos. No. Es Cristo quien camina con el mundo. Aunque no lo veamos. Aunque a veces nos cueste trabajo identificar Su presencia cuando parece que nos rodea tanto mal. Él sigue a nuestro lado. Esperando que le llamemos, que contemos con Él. Que no pretendamos hacerlo todo solos. Sentir la presencia de Cristo, es una tarea siempre presente para las Conferencias a través de la oración.

Queridos amigos: al terminar esta carta anual a todos vosotros, una carta que tanta alegría me produce enviaros y tanta vuestras hermosas respuestas, no quiero hacerlo si no es como siempre, recordando y apelando a María (24).

Su vida fue toda una muestra de oración y de aceptación de la voluntad del Padre. Que Ella, junto con Vicente de Paúl y nuestros fundadores, junto con Federico Ozanam, nos conduzca a servir cada día mejor a los hombres a los que Dios ama y a cuyo servicio, queremos estar.

Con mi oración y afecto,

José Ramón Díaz-Torremocha
XIV Presidente General
i.n.e.D

PD1.—Permítanme, finalmente, aconsejar a todos los queridos consocios, una lectura atenta de la reciente Carta Encíclica "Deus caritas est", de nuestro Santo Padre el Papa Benedicto XVI. Si para todos los cristianos es necesaria su reposada lectura, entiendo que puede hacer un gran bien particularmente a nuestros consocios y Conferencias en todo el mundo. Aquellos que tengan dificultad para encontrarla, podrán hallarla en la página "web" de la Sociedad www.ozanet.org.

PD2.—Les recomiendo estén pendientes de la campaña internacional del Consejo General para con África. Se pretende una actuación muy importante y comprometida de las Conferencias de todo el mundo con el continente africano que dure en principio hasta el año 2009, bajo el lema "Las Conferencias de San Vicente por África". Podrán enviar donativos para este fin a la cuenta: *CIC-Paris -10041.00010581201*, indicando en el envío el lema citado de la Campaña y aquellos consocios que deseen una colaboración personal en la Campaña, pueden dirigirse al Consejo General en demanda de las informaciones que necesiten.

(23) "Prueba de esta múltiple y urgente necesidad es la acción manifiesta del Espíritu Santo, que da hoy a los seglares una conciencia cada día más clara de su propia responsabilidad y los impulsa por todas partes al servicio de Cristo y de la Iglesia" (Concilio Vaticano II Decreto "Apostolicam actuositatem" 1).

(24) "El modelo perfecto de espiritualidad apostólica es la Santísima Virgen María, Reina de los Apóstoles, la cual, mientras vivió en este mundo una vida igual a la de los demás, llena de preocupaciones familiares y de trabajos, estaba constantemente unida con su Hijo y cooperó de modo singularísimo en la obra del Salvador" (Concilio Vaticano II Decreto "Apostolicam actuositatem" 4).